

De inmensidad y pequeñez conjunto,
concreta amor en su esperanza vana
lo eterno á un día y el espacio á un punto,
los ayeres al hoy, y á hoy el mañana.
De un rey que grande fué vivo trasunto,
aun sueña avasallar, y el alma humana
expresa, siente y ve lo que en sí encierra,
poniendo á su servicio cielo y tierra.

Siempre encuentra adhesivo el sentimiento
su vida y la del mundo en armonía;
es el rumor del aire nuestro acento;
es el dolor la noche; el gozo el día;
revela la extensión el pensamiento;
las ilusiones son flores de un día:
la faz del mundo el alma lleva impresa;
la faz del alma humana el mundo expresa.

Del alma, el mundo cómplice y testigo,
con su dolor ó su placer se enmanta,
para el dolor cruel, del gusto amigo,
al triste angustia y al gozoso encanta.
El aura pura á Zaida y á Rodrigo
trovas de amor en su ilusión les canta:
mas á Nuño infeliz el aura pura
muertes y asesinatos le murmura.

¡Tristes las horas son que van pasando
por un rival que espía á dos amantes!
Es un rumor que atruena el són más blando;
un instante sin fin son los instantes:
rebotan las miradas luz chocando;
roban la voz las auras inconstantes;
y los silencios, con mentida calma,
hacen vibrar estremecida el alma.

Así Nuño, que innoble espía atento
lo que teme al buscar, busca lo que halla:
cree ver de ambos flotar el pensamiento;
más piensa que oye cuanto más se calla:
sin pasar de un momento á otro momento
el tiempo en lo hondo de su mal se encalla:
como el silencio para el miedo suena,
hondo el silencio el corazón le atruena.

— Si yo tirase — en su interior decía —
del fuerte cable que los cerca enfrente,
los tres á un tiempo el mar nos tragaría...
¡No, ella no; yo y Rodrigo solamente! —
Así celoso al mal se apercibía,
en tanto que la luna doblemente
clara á Rodrigo con amor le asiste,
y turbia á Nuño le acompaña triste.

Y al placer ó al dolor siempre adaptable
la creación mostrándose seguía,
si bien indiferente, á Zaida afable,
tierna á Rodrigo, pero á Nuño impía;
y éste entretanto acariciando el cable,
— Si tiro así, — pensando proseguía. —
los dos á un tiempo se ahogarán conmigo.
¡No, Zaida no; yo solo con Rodrigo! —

Un instante á Rodrigo aislado viendo,
tiró Nuño del cable con premura,
mas torpe, sin su presa, al mar cayendo,
un ¡ay! lanzó de rabia y de amargura.
¡Un hombre al mar! Rodrigo el cable asiendo
tras él se arroja, y Nuño sin ventura,
para mayor dolor de su alma herida
á quien quiso matar debió la vida.

Hasta la nave, al cable sujetado
sube Rodrigo al naufrago con brío;
Nuño celoso, aunque abatido airado,
recibe de la vida el don sombrío.
Y después, de sí mismo avergonzado,
en el fondo se oculta del navío,
en donde el llanto que á verter comienza
su falta borrará, no su vergüenza.

Luego su faz de indiferencia llenos
muestran los elementos inconstantes;
los vientos sobre el mar corren serenos;
la luna á media luz brilla como antes.
Y muy poco después, de Nuño ajenos,
cercanos otra vez los dos amantes,
— ¿Me amas, Zaida? — Rodrigo la decía,
— ¡Con infinito amor! — le respondía.

CANTO IX

HISTORIA DE ESPAÑA

RESUMEN

Martes 11 de setiembre: anduvieron 20 leguas: encuentran el mástil de una nave: miraron espantados aquel despojo de la furia de las ondas. — Colón, para alentarlos, recuerda las glorias nacionales leyendo la Historia de España. — La España. — Iberos, celtas, fenicios, cartagineses, romanos. — Reyes godos. — Principian los Reyes de Asturias. — Batalla de Covadonga. — Reyes de Oviedo. — Reyes de León. — Reyes de Castilla. — Almanzor. — El Cid. — Don Jaime de Aragón, el Conquistador. — Acción heroica de Guzmán el Bueno. — Casa de Trastámara. — Don Alvaro de Luna. — El último suspiro del Moro.

Todo el mundo es igual según van viendo.
Es como el mar de Huelva el que los baña,
y el mismo sol que brilla están creyendo
que es el sol de setiembre de la España.
Que es aura de Granada el aire entiendo.
Y también por las noches ¡cosa extraña!
la luna que en los cielos relucía
ser la luna de España parecía.

¡Ay! cuando más el goce en ellos vive,
cual recuerdo y señal de algún estrago,
el mástil de una nave se apercebe...
Era martes el once ¡día aciago!
Flotando el mástil por la mar escribe:
— Este será de vuestra hazaña el pago; —
y hasta á Colón, que altivo lo veía,
— ¡Morid en paz! — parece que decía.

¿Qué hace al verlo Colón? Toda la gloria
traer de España á su memoria sabe,
quitándoles así de la memoria
el triste mástil de la rota nave.
Un libro coge, y nuestra patria historia
leyendo fué con la tristeza grave
del que ha dejado una ilusión querida
en cada sitio en que arrastró su vida.

— «La España, dice un árabe, es un suelo
fértil cual Siria, cual Adena hermoso;
es como el Yemen su templado cielo;
cual Hejaz y Cathay rico y precioso. —
Dice bien: nuestra España es un modelo
de riqueza y salud, tan amoroso,
que en Adena, en Cathay y en Siria bella
palpita el corazón si se habla de ella.

»Mucho antes que los celtas, los iberos
poblaron esta tierra de placeres,
donde son los valientes caballeros,
donde se nombran damas las mujeres.
Vinieron de Cartago los guerreros,
después que los fenicios mercaderes.
Para estos pueblos de fatal memoria
fué mercancía sin valor la gloria.

»Después que Roma por bondad del hado
al gran león de la Numidia doma,
llegó el mundo á tener tan humillado,
que estaba Roma en todo y todo en Roma.
¡Grande fué su poder! Mas cuando airado
en venganza Alarico el hierro toma,
rota en el polvo la cerviz romana,
cambió de rumbo la cultura humana.

»Los extremos del mundo en son de guerra
mil huestes sobre Europa amontonaron.
A Roma en Roma el universo encierra,
y á Roma al fin de Roma desterraron.
Castilla, que parece un mar de tierra,
fué el campo en que los godos más brillaron,
como dice una crónica olvidada:
Con la ayuda de Dios y de la espada.

»De Alarico la gloria y el derecho
pasó á Ataulfo, que reinó en seguida.
Mas de un balcón llegado al antepecho
rindió una vez el infeliz la vida.
Un vil siervo á traición le hirió en el pecho,
y Ataulfo, apretándose la herida,
se incorporó, gimió, miró hacia el cielo,
dió una vuelta en redondo y cayó al suelo.

»A *Sigerico* el vil, cuya alma impía
seis hijos de Ataulfo ha degollado,
de su reinado en el octavo día
fué ¡castigo de Dios! asesinado.
Sin gloria, sin virtud, sin alegría,
Sigerico murió desesperado;
pues ni los tronos del dolor redimen,
deshecha la ilusión que arrastra al crimen.

»Vengando *Walia*, que el rencor destila,
á Ataulfo su padre en su asesino,
al alano y al vándalo aniquila,
término dando á su feroz destino.
Teodoredo cayó buscando á Atila,
que de Chalóns hasta los campos vino
con frente altiva y corazón perverso
la corona á ceñir del universo.

»Revolto y avaro *Turismundo*,
lo mató *Teodorico*, á los que iguales
dejó á entrambos *Eurico* el furibundo,
dominador cruel de prendas reales.
Segundo en nombre y débil sin segundo,
no es mucho que á *Alarico*, sus rivales
la vida, el trono y el honor le roben:
no creía en el mal: ¡era tan joven!

»*Jesalico* infeliz, del hado siente
también, muerto á traición, todo el desvío.
Lo hereda *Amalarico*, que imprudente
se muestra avaro, sanguinario é impío.
¡Otra nueva traición! Muerto vilmente
Amalarico fué. ¿Por qué, Dios mío,
el cielo sufre á los inicuos tanto?...
No digo más porque me ahoga el llanto.» —

— Mas ¿cómo — exclamó Ruiz — el alto cielo
tanto augusto bribón reinar consiente? —
Participando de su santo celo,
todos dijeron: — ¡Verdaderamente! —
Colón siguió: — «Al buen *Teudis*, *Teudiselo*
le sucedió; y cruel, aunque valiente,
le asesinaron en Sevilla un día
¡Sardanápalo vil! en una orgía.» —

Ruiz, con los ojos de rencor preñados,
dice al oír tan bárbaros destinos:
— ¡Qué serie de verdugos coronados!
¿Se van nombrando reyes ó asesinos? —
Y Colón continuó: — «De sus pasados
siguiendo *Ajila* los infaustos sínos,
su misma gente le mató traidora.
¿A qué infeliz toca reinar ahora?

»*Atanagildo* electo, dulcemente
fué de modestia y rectitud modelo.
Elegido después *Liuva* el Prudente
fué un justo rey también: ¡gracias al cielo!
Leovigildo el magnífico y valiente,
presa infeliz de un indiscreto celo,
en su hijo propio se ensañó iracundo;
mas ¿quién no yerra en algo en este mundo?

»Desde el tercer Concilio toledano,
Recaredo, halagado del destino,
venció al francés y convirtió al arriano,
igual en el honor á Constantino.
Siempre el Señor le tuvo de su mano
de la existencia en el erial camino,
porque el Señor, en su equidad cumplida,
siempre recuerda al que jamás le olvida.

»Sin fe en su Dios, occidental *Juliano*,
siempre vil, *Witerico* el iracundo
asesinó con su traidora mano
al joven sin doblez *Liuva* segundo.
Arrastrado en Toledo aquel tirano,
aprendió al fin, muriendo, que en el mundo
para el que siembra acciones vergonzosas
no hay rosas sin espinas, si es que hay rosas.

»De la fe y de la paz gloria y amparo,
y dichoso en las cosas de la guerra,
sería un *Recaredo*, *Gundemaro*,
si pudiera haber dos sobre la tierra.
Sisebuto cruel, aunque preclaro,
á los judíos sin piedad destierra.
Al *Recaredo* que reinó en seguida
la puerta del dolor le abrió la vida.

»No muy feliz *Suintila* en su reinado,
abriendo á la indigencia su tesoro,
el padre de los pobres fué llamado
por el grande en saber San Isidoro.
Mas al fin por la dicha extraviado,
sensual, avaro, inicuo y sin decoro,
pronto olvidó su desdichada historia:
¡la ventura es tan frágil de memoria!

»Feliz después su sucesor ha sido
el trono de los godos usurpando;
mas el cuarto Concilio reunido,
la usurpación honró de *Sisenando*.
Chintila, por obispos elegido,
necio vivió para ellos gobernando;
y así, con actos de grandeza ajenos,
fué virtuoso, ó hipócrita á lo menos.

»*Tulga*, de tierna edad y ánimo blando,
llevó hasta el trono un generoso instinto.
Deudo cruel y enérgico en el mando,
decalvó á *Tulga* el fiero *Chindasvinto*.
Este gran rey por último abdicando
en el manso y piadoso *Recesvinto*,
exento ya de vanidad y encono,
buscando la ventura huyó del trono.

»*Wamba*, por los grandes aclamado,
sin la loca ambición que á tantos ciega,
de días y de glorias coronado
¡noble ejemplo! arrastrado al trono llega.
Durmióse *Wamba* rey, mas decalvado,
despertóse á ser monje de Pampliega,
su nombre encomendando á la memoria
de la virtud, del genio y de la gloria.

— Con capa de piedad cubrió su vida,
dicen de *Ervigio* que reinó con gloria.
De su eterna inquietud compadecida,
— *Su fama grande fué*, — dice una historia.
— Mas — añade esta crónica en seguida —
ni agradable ni honrosa su memoria. —
Su honor fué grande: el deshonor alguno.
¿Quién es perfecto sino Dios? Ninguno.

»Mejor que rey *Egica*, obispo fuera.
A Witiza, en su loco desvarío,
le llamará la historia venidera
desbaratado y vil, cruel é impío.
Ni de éste ni de aquél hablar quisiera.
¡Huid, huid del pensamiento mío
los que reinando sin virtud ni gloria
sois carga y carga vil de la memoria!

»*Rodrigo* el que... — Que en los infiernos arde
con gusto general gritó *Quintero*.
— No hay quien respetos á su nombre guarde,
llamándole «traidor», «mal caballero.»
Grita uno: — «¡seductor!» — otro: — «¡cobardel!»
— Dejad al infeliz, — dijo un tercero, —
bien las injurias que infirió á la Cava
en el Jordán del Guadalete lava.

— «Llegó junto á Jerez tu hora postrera, —
Colón siguió leyendo, — patria mía.» —
Calló después. Y Ruiz de esta manera
prorrumpió: — En tan atroz carnicería
ni el cadáver del rey se halló siquiera.
— ¿Cómo habían de hallarlo si aquel día —
dijo *Roldán* con afectada calma —
se lo llevó el demonio en cuerpo y alma? —

Completa indignación. Aquí llegando
deja el libro Colón y toma aliento.
Luego un rato en voz alta meditando:
— «Sigamos,» — dijo, y se volvió á su asiento.
Leyó; pero antes la mirada alzando
rápida como el mismo pensamiento,
inquieta el horizonte, á ver si alcanza
la ilusión, la alegría y la esperanza.

— «Loado sea Dios, del mundo dueño,
que sobre todo poderoso brilla.
Que quita ó da el poder grave ó risueño,
que alza á quien quiere y á quien quiere humi-
Estas palabras con placer diseño (¡la! —
de un árabe devoto á maravilla,
al referir, como él, á mis hermanos
las guerras entre moros y cristianos.

»Cuna de España y de la Arabia tumba,
luchan de Covadonga en la ancha cueva
ciento contra cien mil. ¡El viento zumba!
¡Más sangre que agua ya destila el Deval!
¡A millares los árabes derrumba,
sus troncos desgajando el monte Auseba!
¡Todo luchó por milagroso modo,
naturaleza, Dios, el hombre, todo!

»Tras *Don Pelayo* á *Don Favila* vemos
por un oso feroz muerto sin gloria:
de este mancebo rey decir podemos
que no hizo cosa digna de la historia.
En volver á Jerez aun tardaremos
siete siglos de oprobio y de victoria.
Ya por la mano hoy el dolor nos gana.
¿Cuál será la desdicha de mañana?

»El *Católico Alfonso* ¡bien venido!
al que la raza de Ismael un día
el matador de gentes, el temido,
el hijo de la espada, — le decía.
Ya rinde el alma á Dios: ¿habéis oído?
Los ángeles se cree que en su agonía
cantan de Dios ante el poder augusto
el salmo *Ved cómo se muere un justo*.

»De Oviedo fundador, *Froila* valiente,
vence á Omar; mas arroja de tu mano
ese puñal con que traidoramente
asesinas ¡cruel! á Vimarano.
Por la *ley del Talió*n, pronto tu gente
vengará en tí la sangre de tu hermano.
¡Don *Froila*, no hay piedad! ¡Justo escarmiento;
que coja tempestad quien siembra viento!